

Ricardo Ríos Cichero

“FÁBULA DE DON PERLIMPLÍN”

(Versión muy libre de

“*Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*” (*García Lorca*)

Por orden de aparición:

Duende Permisivo
Perlimplín
Marcolfa
Belisa
Madre de Belisa
Pájaro negro
Duende Uno

Duende Dos

Jardín
(tres árboles frutales y una lechuga)

Sol
Luna
Viento

A modo de sugerencia:

Crear un ambiente casi de títeres, con personajes luminosos, de ropas coloridas. Un detalle interesante es que todos usen manoplas blancas y que el maquillaje sea “tipo muñecos”. Los movimientos – sin llegar a ser de títeres – deben ser “sobre-actuados” hacia el mundo del títere, pero muy sutilmente. (los actores deben sentir que son de trapo) Sin embargo las emociones deben ser muy realistas, conmovedoras.

Todos los personajes, desde Belisa hasta los árboles, deben imponerse visualmente.

Los personajes del jardín (lechuga y árboles) deben también ser artistas y mostrarán a su criatura escénica de acuerdo a su interpretación.

La utilería será una combinación de lo titiritesco y lo paródico.

Por supuesto que este texto es nada más una herramienta. Seguramente el director – respetando el estilo de mi creación – logrará una puesta en escena personal y enriquecida. Y ojalá la disfruten como lo hice yo.

Suerte.

Ricardo Ríos Cichero.

PRÓLOGO

En escena el balcón de la casa de Belisa.

Estará construido semejando un retablo de títeres, con el cortinado practicable y con un balcón adelante, a un metro y medio, permitiendo movimientos, entradas y salidas desde la cortina y desde los laterales. Y será “reversible”; tornará en el de Don Perlimplín oportunamente, a manos de los tramoyistas – vestidos de negro -, a la vista del público y en penumbras.

El retablo y balcón de Belisa serán profusamente decorados con imágenes de corazones, sobre colores cálidos. El de don Perlimplín y su balcón, serán decorados con imágenes de plumas de escribir y de libros, sobre colores fríos.

La ubicación del retablo y balcón reversible, al centro del escenario, debe permitir las escenas de los duendes y del final en el jardín, que deberán lógicamente desarrollarse delante de él. Una opción recomendable para el final – se refiere a la escena del jardín - es que el balcón sea retirado fuera del escenario por los tramoyistas, siempre a la vista del público y en penumbras.

Al comienzo de la escena, Don Perlimplín y Marcolfa están “congelados” a un lado del balcón, fuera de él, en penumbras.

Al centro, adelante casi en proscenio, un círculo intensamente iluminado.

Luego de un silencio expectante, sorpresivamente y de un salto, ingresa al círculo de luz el duende Permisivo.

Es una mezcla de pájaro, insecto y humano, de pequeñas alas inútiles y ropa diseñada femenina de un lado y masculina del otro. Los colores serán llamativos, casi irritantes pero armoniosos.

PERMISIVO –

¡Buenas noches! Soy un duende... Bueno, reconozco que soy un duendecillo un poco extraño. No soy como los que estáis acostumbrados a ver en los libros de cuentos o en las láminas para colorear... Pero sí, puedo asegurar que soy un duende. Y como todos los duendes cumplo una misión muy, muy, muy importante!... Y por la misión que cumplo seguro estoy que enseguida me reconoceréis. ¡Yo soy el que permite todo lo que hacéis vosotros! Yo disfruto todo lo que sucede provocado por los sentimientos de los hombres y de las mujeres. Lo bueno y lo malo... Lo dulce y lo amargo... Lo generoso y lo egoísta... Lo noble y lo sucio... La verdad y la mentira... Y, hablando de mentiras, permitidme deciros, sin descubrir el final de esta historia, que seguro estoy que disfrutaréis de la más hermosa y apasionada mentira que humano alguno pudo inventar con el fin de demostrar su amor. Detrás de mí está don Perlimplín. Un hombrecillo de corazón generoso y terriblemente tímido. Lee mucho y parece que, aparte de eso, nada le interesa... Nada, ¿comprendéis?... ¡Nada!... A su lado está Marcolfa. No, no, no... No es su esposa. Es su fiel criada. ¿Cómo os diré? A ella, a Marcolfa, le interesa muchísimo que a su amo le interese lo que no le interesa... Junto a la casa de don Perlimplín vive Belisa... ¡Ay, Belisa!... Una hermosa y sensual mujer que quiere ser amada y quiere ser amada y quiere... En fin, ¿comprendéis, verdad?... Quiere ser amada... y quiere ser amada... y quiere... Sí; creo que habéis comprendido. Y Belisa vive con su madre; una señora que...

conoce a su hija... y desea casarla con alguien que... (signo de dinero)... tenga... Bien; ya sabéis todo lo que puedo contaros. Ahora es cosa de vosotros comprender lo demás; y lo demás es esta historia que aquí comienza. (sale dando saltos extravagantes)

INTRODUCCIÓN

Se ilumina la escena en el balcón de Belisa.
Perlimplín y Marcolfa toman vida.

PERLIMPLÍN –
¿Sí?

MARCOLFA –
Sí.

PERLIMPLÍN –
Pero, ¿por qué, sí?

MARCOLFA –
Pues porque sí.

PERLIMPLÍN –
¿Y si yo te dijera que no?

MARCOLFA –
¿Qué no?

PERLIMPLÍN –
No.

MARCOLFA –
Dígame, señor, las causas de ese no.

PERLIMPLÍN –
Dime tú, doméstica perseverante, las causas de ese sí.

(pausa)

MARCOLFA –
Veinte y veinte son cuarenta.

PERLIMPLÍN –
Adelante.

MARCOLFA –
Y diez, cincuenta.

PERLIMPLÍN –
Vamos...

MARCOLFA –

Y con cincuenta años, ya no se es un niño.

PERLIMPLÍN –
¿Qué quieres decir?

MARCOLFA –
Don Perlimplín, yo puedo morirme en cualquier momento, soy una anciana.

PERLIMPLÍN –
¡Claro!

MARCOLFA –
¿No comprende? ¿Qué será de usted, solo en este mundo?

PERLIMPLÍN –
Pues...

MARCOLFA –
Usted tiene que casarse.

PERLIMPLÍN –
(distráido)
¿Sí?

MARCOLFA –
(enérgica)
Sí.

PERLIMPLÍN –
Pero, Marcolfa, ¿porqué debo casarme?... Cuando yo era niño una mujer estranguló a su esposo. Era zapatero. No puedo olvidar ese hecho. Marcolfa; siempre he pensado en no casarme. ¿Para qué? Yo con mis libros tengo bastante. Leo, no leo, leo... ¿De qué me va a servir casarme?

MARCOLFA –
Mi señor, mi señor... El matrimonio tiene grandes encantos. No es lo que se ve por fuera. Está lleno de cosas... ocultas.

PERLIMPLÍN –
(ingenuo)
Cosas ocultas... ¿Qué cosas?

MARCOLFA –
Mi señor, cosas que no está bien que se las diga una servidora como yo... Ya ve...

PERLIMPLÍN –
Ya veo, ¿qué?

MARCOLFA –
Me he puesto colorada.

(pausa)
(suena un piano)

VOZ DE BELISA –
(dentro de su balcón)
Amor, amor.
Entre mis muslos cerrados,
nada como un pez el sol.
Agua tibia entre los juncos,
amor.

¡Gallo, que se va la noche!

¡Que no se vaya, no!

MARCOLFA –

Ya verá, mi señor, cuánta razón que tengo.

PERLIMPLÍN –

(rascándose la cabeza)

¿Oyes a la vecinita? Canta bien.

MARCOLFA –

Esa... es la mujer de mi señor; la blanca Belisa.

PERLIMPLÍN –

Belisa... Pero, Marcolfa, mejor sería que...

MARCOLFA –

No... Venga ahora mismo. (casi lo arrastra hasta el balcón de Belisa) Diga usted: "Belisa".

PERLIMPLÍN –

Belisa...

MARCOLFA –

Más alto.

PERLIMPLÍN –

¡Belisa!

(aparece Belisa en el balcón, hermosa, resplandeciente; su pelo es abundante, largo, rizado, rojo y luce desaliñado, sensual; sus pechos se imponen soberbios)

BELISA –

¿Quién llama?

(Marcolfa se esconde)

MARCOLFA –

(a Perlimplín)

Conteste.

PERLIMPLÍN –

(temblando)

La llamaba yo.

BELISA –

¿Sí?

PERLIMPLÍN –

Sí.

BELISA –

Pero, ¿por qué sí?

PERLIMPLÍN –

Porque sí.

BELISA -.

¿Y si yo le dijera que no?

PERLIMPLÍN –

Lo sentiría... porque... (mira a Marcolfa que sigue escondida) Hemos decidido que me quiero casar.

BELISA –
(ríe)
¿Con quién?

PERLIMPLÍN –
(mira a Marcolfa y ésta lo presiona con gestos)
Con usted...

BELISA –
(seria)
Pero... (a gritos) ¡Mamá, mamá, mamáita!

MARCOLFA –
(satisfecha)
Esto va bien. Muy bien.

(sale la madre, con una gran peluca dieciochesca, adornada con cintas y pájaros)

BELISA –
Madre, don Perlimplín se quiere casar conmigo.

MADRE –
(sorprendida, reacciona inmediatamente)
Buenísimas tardes, encantador vecinito mío. Siempre dije a mi hija que tiene usted la gracia y modales de aquella gran señora que fue su madre... a la cual no tuve la dicha de conocer.

PERLIMPLÍN –
Gracias.

(pausa producida por la duda de don Perlimplín)

MARCOLFA –
(furiosa)
He decidido que vamos...

MADRE –
(ante la duda de don Perlimplín)
... a contraer matrimonio, ¿no es así?

PERLIMPLÍN –
Así es.

BELISA –
Pero mamá, ¿y yo?

MADRE –
(entre dientes)
Silencio... (normal) Tú estás de acuerdo, ya lo sé... Y estamos de acuerdo que don Perlimplín es un encantador marido.

PERLIMPLÍN –
Espero serlo, señora.

MARCOLFA –
(llamando con gestos a don Perlimplín, quien se acerca)
Esto está casi terminado. (conversan en contra-escena)

MADRE –
(a Belisa)
Don Perlimplín tiene tierras.

BELISA –
No me interesa vivir en el campo.

MADRE –
En las tierras hay gansos y ovejas.

BELISA –
No me gustan los animales.

MADRE –
Las ovejas se llevan al mercado.

BELISA –
No quiero trabajar.

MADRE –
En el mercado dan dinero por ellas.

BELISA –
Yo no quiero que... ¿Ah, sí?

MADRE –
Y el dinero da hermosura.

BELISA –
(gesto acorde)
Hermosura...

MADRE –
Y la hermosura es codiciada... por los demás hombres.

BELISA –
(sensual)
Codiciada por los hombres...

PERLIMPLÍN –
¿Entonces?

MADRE –
¡Emocionadísima!... Véala usted mismo. No puede hablar. (muy solícita y exagerada) Mi niña, ve adentro. No está bien que una... doncella oiga ciertas conversaciones.

BELISA –
(muy falsamente ingenua)
Hasta luego... (sale)

MADRE –
(luego de observar amorosamente la salida de Belisa)
Es una azucena. ¿Ha visto usted su cara? (bajando la voz) ¡Si la viera por dentro!... Como de azúcar... ¡Perdón!... Una persona moderna y tan... competentísima como usted, no es necesario hacerle ver estas cosas tan... evidentes. (orgullosa, aparatosamente) Se habrá fijado usted, por cierto, que es una niña casta, inmaculada, ingenua.

PERLIMPLÍN –
Lo creo, lo creo... Yo no sé cómo manifestarle nuestro agradecimiento.

MADRE –
¿Nuestro?... (Perlimplín observa a Marcolfa y ésta hace gesto como “¡Dios mío!”)... Claro, “nuestro agradecimiento”... El agradecimiento de su corazón y el suyo propio... ¡Qué delicadeza! ¡Qué... delicadeza!

MARCOLFA –
La boda.

PERLIMPLÍN –
Ah, la boda.

MADRE –
La boda... Ah, en cuanto usted lo quiera... Aunque... (saca un pañuelo)... a todas las madres... algunas cosas... (se va, enjugándose las lágrimas)

MARCOLFA –
¡Por fin! (sale de su escondite)

PERLIMPLÍN –
Ay, Marcolfa, Marcolfa... ¿en qué mundo me vas a meter?

MARCOLFA –
En el mundo del matrimonio.

PERLIMPLÍN –
¿Sabes? ¡Tengo una sed!... ¿Me traes agua?

MARCOLFA –
Le dice algo en secreto)
Eso es, mi señor.

PERLIMPLÍN –
¿Quién lo puede creer?

BELISA –
(se oye el piano y aparece sensual, cantando)
¡Amor, amor!
Entre mis muslos cerrados,
nada como un pez el sol.

MARCOLFA –
Es una bella doncella, mi señor.

PERLIMPLÍN –
Como de azúcar... Blanca por dentro... (transición) ¡¿Será capás de estrangularme?!

MARCOLFA –
La mujer es débil, si se la asusta a tiempo.

BELISA –
Amor...
¡Gallo, que se va la noche!

PERLIMPLÍN –
¿Qué dice? ¿Qué dice, Marcolfa? (Marcolfa ríe y sale, seguida por Perlimplín quien insiste en sus preguntas) ¿Y qué es esto que me pasa? ¿Qué es esto?

Penumbra.
Un pájaro negro llega volando, se posa y pasea indiferente, picoteando por el escenario, mientras el balcón de Belisa se cambia por el de Perlimplín.

CUADRO PRIMERO

Se ilumina el balcón de don Perlimplín.

Es la primera noche de casados.

En el balcón, delante de la cortina, se encuentra Marcolfa, con un candelabro en mano.

MARCOLFA –
(habla hacia la cortina)
Buenas noches.

VOZ DE BELISA –
Adios, Marcolfa.

(ingresa Perlimplín por un lado del retablo, vestido estupendamente)

MARCOLFA –
Buena noche de boda tenga mi señor.

PERLIMPLÍN –
Adios, Marcolfa.

(sale Marcolfa y Perlimplín va hacia la cortina y espía hacia adentro por el agujero de una cerradura que ha aparecido “mágicamente” – a manera de lo paródico)

PERLIMPLÍN –
(hablando hacia el público)
Belisa, con tantos encajes pareces una ola y me das el mismo miedo que de niño tuve al mar. Desde que tú viniste de la iglesia, esta casa se ha llenado de rumores secretos y el agua se entibia sola en los vasos.

VOZ DE BELISA –
¡Ay, Perlimplín!... ¿Dónde estás, Perlimplín?

(La cerradura desaparece “mágicamente” y Perlimplín sale rápido por el otro lado del retablo. Ingresa Belisa por la cortina con un gran traje de dormir, lleno de encajes. Lleva el pelo suelto y los brazos desnudos)

BELISA –
(casi al público)
La criada perfumó esta habitación con tomillo y no con menta como yo se lo indiqué... Ni puso en la cama las finas ropas de hilo que tiene Marcolfa... (suena en una guitarra una ardiente música española)... ¡Ay, el que me busque con ardor me encontrará! Mi sed no se apaga nunca, como nunca se apaga la sed de los mascarones que echan el agua de las fuentes... ¡Ay, qué música Dios mío!... ¡Qué música!... ¡Como el plumón caliente de los cisnes!... ¡Ay! ¿Soy yo? ¿O es la música? (Se pasea mientras se oye la música un instante aún para desaparecer de golpe. Suenan cinco silbidos distintos, como llamadas)... ¡Son cinco!

(En el momento que va a asomarse por el balcón aparece Perlimplín por un costado del mismo)

PERLIMPLÍN –
¿Te molesto?

BELISA –
(amorosa, disimulando)
¿Cómo es posible?

PERLIMPLÍN –
¿Tienes sueño?

BELISA –
(irónica)
¿Sueño?

PERLIMPLÍN –
La noche se ha puesto un poco fría. (se frota las manos)

(Una pausa incómoda)

BELISA –
(decidida)
Perlimplín.

PERLIMPLÍN –
¿Qué quieres?

BELISA –
(vaga)
Es un bonito nombre; Perlimplín.

PERLIMPLÍN –
(muy vergonzosamente)
Más bonito es el tuyo Belisa...; Belisa.

BELISA –
¡Oh, gracias!

(pausa corta. Belisa esperando; Perlimplín sin encontrar salida)

PERLIMPLÍN –
Yo quería decirte una cosa.

BELISA –
(intencionada)
¿Qué... cosa?

PERLIMPLÍN –
He tardado en decidirme... pero...

BELISA –
Dí.

PERLIMPLÍN –
Belisa, yo te amo.

BELISA –
¡Oh, caballero..., esa es tu obligación!

PERLIMPLÍN –
¿Sí?

BELISA -
Sí.

PERLIMPLÍN –
¿Y porqué, sí?

BELISA–
Pues... porque sí.

PERLIMPLÍN –
No.

BELISA –
¡Perlimplín!

PERLIMPLÍN –
Quiero decir... Antes de casarme contigo yo no te quería.

BELISA –
(refiriéndose a sus atributos)
Pero, ¿qué quieres decir con esas palabras?

PERLIMPLÍN –
Me casé... por lo que fuera, pero no te quería. (la observa un instante) Yo no había podido imaginarme tu cuerpo hasta que te vi por el ojo de la cerradura cuando te desvestías. En ese momento me enamoré. ¡Sentí el amor como un hondo corte de lanceta en la garganta!

BELISA –
¿No pudiste imaginar mi cuerpo?... Pero, las otras mujeres que...

PERLIMPLÍN –
¿Qué mujeres?

BELISA –
Las que tú conociste antes.

PERLIMPLÍN –
(ingenuo)
Pero... ¿hay otras mujeres?

BELISA –
(desconcertada)
¡Me estás asombrando!

PERLIMPLÍN –
El primero en asombrarse soy yo.

(Belisa lo observa mientras él no sabe cómo seguir)
(se oyen los cinco silbidos)

PERLIMPLÍN –
¿Qué es eso?

BELISA –
(rápida)
Es el reloj.

PERLIMPLÍN –
¿Son las cinco?

BELISA –
(intentando distraer su atención)
Es hora de dormir.

(Belisa sale por la cortina, seguida por un inseguro Perlimplín)

VOZ DE PERLIMPLÍN –
¿Me das permiso para quitarme...?

VOZ DE BELISA –

(bosteza sonoramente, acompañado de un largo suspiro)
Desde el luego, maridito... Y apaga la luz, si te place.

VOZ DE PERLIMPLÍN –
Belisa...

BELISA –
(en voz alta)
¿Qué, hijito?

PERLIMPLÍN –
Eh apagado la luz.

BELISA –
(guasona)
Ya lo veo.

PERLIMPLÍN –
Belisa...

BELISA –
(en voz alta y algo molesta)
¿Qué, encanto?

PERLIMPLÍN –
¡Te adoro!

(Oscurecimiento. Una luz en el centro del escenario, ilumina a dos duendecillos)

UNO –
¿Y..., cómo te va por lo oscurillo?

DOS –
Ni bien ni mal, compadrillo.

UNO –
(señalando el balcón de don Perlimplín)
Se ha apagado la luz. Nada se puede ver.

DOS –
Nada de lo que todos quisieran ver.

UNO –
¡Yo no!

DOS –
¡Yo tampoco!

UNO –
¿Quiénes entonces?

DOS –
Las pobres gentes.

UNO –
¿Sabes? Es bonito tapar las faltas ajenas.

DOS –
Claro. Y que luego el público se encargue de destaparlas.

UNO –
¿Sabes cuándo se descubren las cosas?

DOS –
¿Cuándo?

UNO –
Cuando se cubren con toda clase de precauciones. Porque si no las tapas bien, a nadie le interesan.

DOS –
Por cierto. Cuando las cosas están claras, el hombre se figura que no tiene necesidad de descubrirlas...

UNO –
Y se va a las cosas turbias, para descubrir secretos... que ya sabía.

DOS –
Pero compadrillo, sin este tapar y descubrir... ¿Qué sería de las pobres gentes?

UNO –
Pero, para eso estamos nosotros aquí. ¡Los duendes!

DOS –
¿Tú conoces a don Perlimplín?

UNO –
Desde niño.

DOS –
¿Y a Belisa?

UNO –
(gesto de “muchísimo”)
Mucho. Su habitación exhalaba siempre un perfume tan intenso que mareaba. Una noche me quedé dormido y desperté entre las garras de sus gatos.

(ríen)

DOS –
(después, señalando el balcón de don Perlimplín)
Este asunto estaba clarísimo.

UNO –
Clarísimo.

DOS –
Todo el mundo se lo imaginaba.

UNO –
Todo el mundo.

DOS –
Por eso es mejor que continúe la alcoba a oscuras.

UNO –
Que nadie se entere.

DOS –
Aunque, te diré que el público está impaciente.

UNO –
Y, ¿sabes?... tiene razón. ¿Vamos?

DOS –
Vamos. Ya siento un dulce fresquillo en mi espalda.

UNO –
Cinco frías camelias de madrugada se han abierto en las paredes de la alcoba.

DOS –
Cinco balcones sobre la ciudad...

UNO –
Cinco silbidos como navajas, filosos y traicioneros...

DOS –
Mañana lo sabrá toda la gente.

UNO –
Toda la gente.

DOS –
¿Vamos por lo oscurillo?

UNO –
Vamos ya, compadrillo.

(desaparecen de escena y hay un corto oscurecimiento)
(se enciende el balcón de don Perlimplín)

(Por la cortina del retablo ingresa don Perlimplín, con camisa de dormir y gorro con pompón. Luce dos grandes cuernos magníficamente adornados)

PERLIMPLÍN –
(hablando hacia la cortina)
Belisa... Belisa... ¡contesta!

BELISA –
(ingresa por el mismo lugar, desperezándose aparatosamente)
Perlimplito... ¿qué quieres?

PERLIMPLÍN –
¡Dime pronto, ¿porqué están abiertos los cinco balcones?!

BELISA –
¿Qué te voy a decir?... Quedé dormida mucho antes que tú.

PERLIMPLÍN –
(rascándose la cabeza)
¿Porqué están abiertos los balcones?

BELISA –
Porque esta noche... ha corrido el aire como nunca.

PERLIMPLÍN –
¿Porqué tienen los balcones cinco escalas que llegan hasta el suelo?

BELISA –
Porque así es la costumbre en el país de mi madre.

PERLIMPLÍN –

¿Y de quién son aquellos cinco sombreros que veo debajo de cada balcón?

BELISA –

De los borrachitos que van y vienen, Perlimplinillo, ¡amor!...

(Perlimplín queda un instante mirándola embobado)

PERLIMPLÍN –

(después)

¿Y porqué no?... Belisa... Belisa... Todo lo explicas tan bien. Estoy conforme. ¿Porqué no ha de ser así?

BELISA –

(mimosa)

Perlimplinillo, yo no soy mentirosilla.

PERLIMPLÍN –

¡Y yo cada minuto te quiero más!

BELISA –

Así me gusta.

PERLIMPLÍN –

¡Por primera vez en mi vida estoy contento! (la abraza para besarla pero se aparta bruscamente)
Belisa, ¿quién te ha besado? ¡No mientas, lo sé!

BELISA –

(duda un instante y reacciona)

¡Ya lo creo que lo sabes! ¡Qué maridito más bromista que tengo! (en voz baja) Tú... Tú me has besado.

PERLIMPLÍN –

Sí; yo te he besado. Pero... si te hubiera besado alguien más... si te hubiera besado alguien más...
¿Tú me quieres?

BELISA –

Sí, Perlimplín, chiquito.

PERLIMPLÍN –

Entonces, ¡¿qué me importa?!... ¿Sabes?, me parece un sueño.

BELISA –

(transición)

Mira, Perlimplín, cierra los balcones que ya la gente comienza a levantarse y...

PERLIMPLÍN –

¿Para qué? Ya que los dos dormimos bastante, veremos el amanecer. Nunca había visto la salida del sol.

BELISA –

(no puede tenerse en pie por el sueño)

Es un espectáculo que... parece mentira... ¡Me... !

PERLIMPLÍN –

¡Te conmueve, ¿verdad?! (la observe un instante) Belisa... ¿Tienes sueño?

BELISA –

(entre sueños)

Sí.

(Belisa desaparece tras la cortina, desparezándose y Perlimplín al pasar, le acaricia amorosamente el cabello)

(Perlimplín se acerca a la baranda del balcón, mirando hacia el público)

(Una tristísima música suena lejana en una guitarra)

PERLIMPLÍN –
Amor, amor
que está herido.
Herido de amor huido;
herido,
muerto de amor.
Decid a todos que ha sido
el ruiseñor.
Bisturí de cuatro filos,
garganta rota y olvido,
cógeme la mano, amor,
que vengo muy mal herido,
herido de amor huido,
¡herido!
¡Muerto de amor!

Un triste y lento

APAGÓN

CUADRO SEGUNDO

Un círculo luminoso en el centro del escenario, al frente.

Sorpresivamente de un salto, como la vez anterior, cae bajo la luz el duende Permisivo.

PERMISIVO –
¡Conmovedor!... ¡Conmovedor!... El amor... el engaño... la versad... la mentira... Y la pobre Belisa que no puede escapar del fuego que la consume; que no puede evitar el sol que nada como un pez entre sus muslos cerrados... Y don Perlimplín... ¡Pobre Perlimplín!... Que no ve lo que sus ojos ven; que no escucha lo que sus oídos oyen; ¡que ama y ama y ama a su Belisa!... Esta historia podría terminar aquí, como tantas conocidas y repetidas historias de hombres y mujeres. Pero por repetida carecería de interés... y no sería una historia digna del esfuerzo de contarla. Y hago bien en deciros que el amor de Perlimplín y la pasión de Belisa van más allá de lo ordinario. ¡Y eso me complace mucho!... Y ahora, sigamos con la historia. (sale rápido con saltos espectaculares)

(se ilumina el balcón de don Perlimplín y delante de la cortina están él y Marcolfa)

PERLIMPLÍN –
Debes hacerlo como te dije. En el preciso instante.

MARCOLFA –
(que llora desconsolada)
Descuide señor.

PERLIMPLÍN –
Marcolfa, ¿porqué sigues llorando?

MARCOLFA –
Por lo que usted sabe. La noche de boda entraron cinco personas por el balcón. ¡Cinco!
Representantes de las cinco razas. Cinco hombres y usted ni se enteró.

PERLIMPLÍN –
Eso no tiene importancia.

MARCOLFA –
¡Sí que la tiene! (pausa) Ayer la vi con otro.

PERLIMPLÍN –
(intrigado)
¿Cómo?

MARCOLFA –
Y ni siquiera se ocultó de mí.

PERLIMPLÍN –
(luego de un instante)
Pero yo soy feliz, Marcolfa.

MARCOLFA –
Señor mío, me deja usted asombrada.

PERLIMPLÍN –
Soy feliz que no tienes idea. He aprendido muchas cosas, y sobre todo puedo imaginarlas.

MARCOLFA –
Mi señor, no la quiera demasiado.

PERLIMPLÍN –
No tanto como ella merece.

MARCOLFA –
Aquí llega.

PERLIMPLÍN –
Vete. (Marcolfa inicia mutis) Marcolfa... (ella se detiene)... No lo olvides. Hazlo como te lo dije. Y en el momento preciso.

MARCOLFA –
(comenzando a llorar)
Descuide el señor. (sale)

(Perlimplín se oculta en un rincón)

BELISA –

(ya en escena)

Tampoco hoy he conseguido verlo. En el paseo de la alameda, venían todos detrás de mí, menos él. ¡Debe tener la piel morena y sus besos deben escocer y perfumar al mismo tiempo!... A veces pasa bajo mis balcones y mece lentamente su mano en un saludo que hace temblar mis pechos.

PERLIMPLÍN –

(ingresando por detrás de ella)

¡Ejem!

BELISA –

(volviéndose)

¡Oh!... Que susto me has dado.

PERLIMPLÍN –

(acercándose)

Veo que conversas sola.

BELISA –

(fastidiada)

¡Quita!

PERLIMPLÍN –

¿Quieres que demos un paseo?

BELISA –

No.

PERLIMPLÍN –

¿Quieres que vayamos a una confitería?

BELISA –

¡He dicho que no!

PERLIMPLÍN –

Perdona.

(una piedra con una carta atada a ella cae en el balcón)

(Perlimplín la recoge)

BELISA –

¡Dame!

PERLIMPLÍN –

¿Porqué?

BELISA –

Porque eso es para mí.

PERLIMPLÍN –

(burlón)

¿Y quién te lo ha dicho?

BELISA –

(al ver la intención de Perlimplín)

¡Perlimplín... no la leas!

PERLIMPLÍN –

(poniéndose fuerte en broma)

¿Qué quieres decir?

BELISA –
(llorando)
Dame esa carta.

PERLIMPLÍN –
(acercándose)
¡Pobre Belisa!.. Toma, te entrego este papel que tanto supone para ti... (Belisa guarda el papel en el pecho)... Yo me doy cuenta de las cosas. Y aunque me hiere profundamente, comprendo que vives un drama.

BELISA –
(tierna)
¡Perlimplín!...

PERLIMPLÍN –
Yo sé que tú me eres infiel y lo seguirás siendo.

BELISA –
No conocí más hombre que mi Perlimplinillo.

PERLIMPLÍN –
Escucha, yo lo sé todo. Me dí cuenta enseguida. Tú eres joven y yo soy viejo... ¡qué le vamos a hacer!... pero lo comprendo perfectamente... (en voz baja) ¿Ha pasado por aquí?

BELISA –
(enjugándose las lágrimas)
Dos veces.

PERLIMPLÍN –
¿Y te ha hecho señas?

BELISA –
Sí; pero de una manera despectiva... ¡Y eso me hace daño!

PERLIMPLÍN –
No temas... Háblame de él.

BELISA –
Yo no le he visto la cara pero...

PERLIMPLÍN –
No tengas miedo de hablarme... Yo sé que tú le amas... Mira, ahora me siento como tu padre... Ya estoy lejos de las tonterías... Cuéntame.

BELISA –
Él me escribe cartas.

PERLIMPLÍN –
Ya lo sé.

BELISA –
Pero no se deja ver... Y hasta parece que me desprecia.

PERLIMPLÍN –
¡Qué inocente eres!

BELISA –
Pero lo que sí sé, estoy segura, es que me ama como yo deseo que un hombre me ame.

PERLIMPLÍN –
(intrigado)

¿Qué quieres decir?

BELISA –

Las cartas de los otros hombres... que he recibido y que no he contestado porque tengo mi maridito, me hablan de países lejanos, de sueños y de corazones heridos... ¡pero estas cartas de él!... Mira...

PERLIMPLÍN –

Habla sin miedo.

BELISA –

Hablan de mí... de mi cuerpo... ¿Para qué quiero tu alma?, me dice... Belisa, no tu alma lo que yo quiero de ti; lo que yo deseo es tu blanco y mórbido cuerpo ¡Tu cuerpo estremecido!

PERLIMPLÍN –

¿Quién será ese joven?

BELISA –

Nadie lo sabe.

PERLIMPLÍN –

¿Nadie?

BELISA –

Ya he preguntado a todas mis amigas.

PERLIMPLÍN –

(misterioso y decidido)

¿Y si yo te dijera que lo conozco?

BELISA –

¿Es posible?

PERLIMPLÍN –

(como que ha oído algo)

Espera... (va a la baranda del balcón)... Ahí está.

BELISA –

(rápida hacia él)

¿Sí...?

PERLIMPLÍN –

Acaba de volver la esquina. (Belisa se lleva las manos al pecho y suspira largamente con un gemido)... Voy a hacer algo que nadie jamás ha hecho. Como soy un viejo voy a sacrificarme por ti.

BELISA –

¿Qué quieres decir?

PERLIMPLÍN –

Ya estoy fuera del mundo y de la moral de las gentes. Adios.

BELISA –

¿A dónde vas?

PERLIMPLÍN –

(grandioso, en un extremo del balcón)

¡Más tarde lo sabrás todo! ¡Más tarde!

Dramático y rapidísimo
APAGÓN

CUADRO TERCERO

Es casi la llegada de la noche y la escena transcurre en un jardín. Árboles de frutos exóticos se mecen suavemente. Hay un tono naranja, propio del atardecer. Una lechuza inmóvil en un lado de la escena. Una música de flautas despide al sol que bailotea con arrogancia su despedida entre los árboles. Instantes después, con un cambio de ritmo de la música, siempre muy bucólica, aparece la luna, quien ensaya algunos pasos de baile, tenues y dulces. Es el juego del cambio, en que la luna disputa al sol su lugar en el cielo. El sol resiste en vano.

LUNA –

¡Oh, Rey Sol, hermano mío!... Vete ya a descansar y deja que yo ilumine con mi palidez cómplice lo que aquí está por suceder.

SOL –

Aún no es hora, plateada luna. Falta aún la última luz de fuego con la que pinto por unos segundos todo el paisaje...

LUNA –

Hoy no es necesario, Sol... Hoy no es necesario tu fuego. El fuego está en los corazones, el fuego está en los cuerpos... Hoy es una noche especial.

SOL –

¿Qué tiene de especial?

LUNA –

¿No lo sabes? Tú, que como yo lo ves todo desde lo alto, ¿no sabes lo que está sucediendo por estos días en estas casas?

SOL –

Hermana Luna, bajo mi luz hay muchas cosas que no suceden. Nadie me hace cómplice de sus actos, como a ti... Nadie se inspira mirándome.

LUNA –

Pues permíteme decirte que pronto, dentro de unos instantes, a este jardín llegará la bella Belisa.

SOL –

¡La bella Belisa!... ¿Y por qué quieres que me vaya?... Déjame quedar un instante más, para iluminar toda su belleza, acariciar sus largos cabellos, entibiar sus muslos estremecidos...

LUNA –

¡No! ¡No! ¡No!... Hoy no necesita Belisa mostrar sus encantos. Necesita mostrar su corazón, su alma...

SOL –

¿A quién se los mostrará?

LUNA –

A su enamorado.

SOL –

¿A su maridito?

LUNA –

A su enamorado.

SOL –
¿Y porqué?

LUNA –
Porque sí.

SOL –
¿Y si no?

LUNA –
¿Porqué no?

SOL –
¡No lo sé!

LUNA –
(transición)
Bueno, bueno... vete ya. No perdamos más el tiempo que Belisa llegará... Y el enamorado... y Perlimplín...

SOL –
¡¿Perlimplín?!

LUNA –
Perlimplín.

SOL –
Pobrecillo.

LUNA –
Pobrecillo.

SOL –
Pobrecillo. Yo me voy. Después tú me cuentas todo, que a mí nadie me cuenta nada...

LUNA –
Sí, sí, sí... Vete, vete...

(sale el Sol y la escena se torna azulada)

(la escena está en silencio, salvo algún chistido de la lechuza, subrayando algún parlamento del dialogado. La luna en, contra escena, pasea lenta entre los árboles)

(ingresan Perlimplín y Marcolfa)

MARCOLFA –
¿Es hora ya?

PERLIMPLÍN –
No. Todavía no es hora.

MARCOLFA –
(echándose a llorar)
¡Yo tengo la culpa de todo!

PERLIMPLÍN –
No, Marcolfa. ¡No sabes lo agradecido que estoy por lo que has hecho!

MARCOLFA –
¿Cómo puede decir eso? ¡Yo lo empujé al casamiento con esa mujer...!

PERLIMPLÍN –
¡Belisa!

MARCOLFA –
¿Recuerda? Antes era todo liso... Yo le llevaba por las mañanas el café con leche y las uvas...

PERLIMPLÍN –
Sí, las uvas... ¡Las uvas!... (pequeña pausa) Me parece que han transcurrido cien años. Antes no podía pensar en las cosas extraordinarias que tiene el mundo... Me quedaba en las puertas... ¡En cambio ahora, el amor de Belisa me ha dado un tesoro precioso que yo ignoraba... Ahora veo lo que quiero. Por ejemplo a mi madre, cuando la visitaron las hadas... pequeñitas... ¡Es increíble! Pueden danzar en la punta de mi dedo meñique.

MARCOLFA –
Las hadas... las hadas... ¡Pero... ¿y lo otro?!

PERLIMPLÍN –
¡Lo otro!... ¡Ah!... ¿Qué le dijiste a mi mujer?

MARCOLFA –
Le dije lo que me indicó el señor: que ese joven vendría esta noche a las diez en punto al jardín, envuelto como siempre en su capa roja.

(la lechuza chista largo)

PERLIMPLÍN –
¿Y ella?

MARCOLFA –
¡Quedó encendida como un geranio, se llevó las manos al pecho y suspiró de una manera que...!

PERLIMPLÍN –
¿Y qué dijo?

MARCOLFA –
Suspiró, nada más... ¡Pero qué suspiro, señor!

PERLIMPLÍN –
¡Como nunca mujer alguna lo hizo, ¿verdad?!

MARCOLFA –
Su amor debe rayar en la locura.

PERLIMPLÍN –
(vibrante)
¡Eso! Yo necesito que ella ame a ese joven más que a su propio cuerpo. Y no hay duda que lo ama.

MARCOLFA –
(echando nuevamente a llorar)
Me da miedo oírlo... No puedo comprender que usted mismo fomente en su mujer el peor de los pecados.

PERLIMPLÍN –
¡Porque don Perlimplín no tiene honor y quiere divertirse!

MARCOLFA –
Pero yo tengo vergüenza, mi señor, y desde hoy me considero despedida.

PERLIMPLÍN –

¡Oh, inocente Marcolfa! Aguarda hasta mañana... Mañana estarás libre, te lo prometo... Ahora, ¿harás lo que te dije?

MARCOLFA –

(iniciando mutis)

¿Qué remedio me queda? ¡¿Qué remedio?!... (sale)

(luego don Perlimplín desaparece en la espesura del jardín, por el lado opuesto a la próxima entrada de Belisa))

(ingresa al viento y sopla violentamente a la lechuza y a los árboles del jardín, los que danzan y se inclinan a su influjo)

VIENTO –

(luego, cerca del público)

¡Soy el viento! (sopla) ¡Soy el viento!... (al público) Y soy portador de un mal presagio... (sopla) ¡Soy el viento! (sopla) ¡Soy el viento! (danza, soplando y soplando a los árboles y a la lechuza) (de pronto queda inmóvil) ¡Todo debe quedar inmóvil! ¡Ni un sonido debe perturbar este momento que se avecina!... (la lechuza chista tres veces) (en grito sordo) ¡Ni un sonido! (un árbol se mueve suavemente) ¡Ni un movimiento! (la lechuza emite un chistido de protesta) ¡Silencio!... (casi en secreto) Quietud... quietud... Silencio.. Y atención... ¡Mucha atención!... (sale en puntillas, mientras sopla suavemente hacia todos lados)

LA VOZ DE BELISA –

Por las orillas del río
se está la noche mojando.

EL JARDÍN –

Se está la noche mojando.

BELISA –

Y en los pechos de Belisa
se mueren de amor los ramos.

EL JARDÍN –

Se mueren de amor los ramos.

LA VOZ DE PERLIMPLÍN –

¡Se mueren de amor los ramos!

BELISA –

La noche de anís y plata
relumbra por los tejados.

EL JARDÍN –

Relumbra por los tejados.

BELISA –

Plata de arroyos y espejos.
Y anís de tus muslos blancos.

EL JARDÍN –

¡Se mueren de amor los ramos!

(ingresa Belisa, vistiendo un estupendo y largo vestido blanco que luce, prendida en su falda, una gran rosa roja)

BELISA –

¿Qué voces llenan de dulce armonía el aire de una sola pieza de la noche?... ¡Oh, las ramas se mueven!

(aparece un hombre envuelto en una capa roja y cruza la escena cautelosamente)

BELISA –

Chist... ¡Es aquí! ¡Aquí! (el hombre indica que ahora regresa y sale) ¡Oh, sí! ¡Vuelve amor mío! Jazminero flotante y sin raíces, el cielo caerá sobre mi espalda sudorosa... ¡Noche, noche mía de menta y lapislázuli...!

(ingresa Perlimplín por el mismo sitio que había ingresado el de la capa)

PERLIMPLÍN –

(sorprendido)

¿Qué haces aquí?

BELISA –

Paseaba.

PERLIMPLÍN –

¿Y nada más?

BELISA –

Paseaba en la clara noche.

PERLIMPLÍN –

(enérgico)

¿Qué hacías aquí?

BELISA –

Pero... ¿no lo sabías?

PERLIMPLÍN –

Yo no sé nada.

BELISA –

Tú me enviaste el recado.

PERLIMPLÍN –

Es verdad. (pausa) ¿Lo esperas aún?

BELISA –

¡Con más ardor que nunca!

PERLIMPLÍN –

Pues vendrá.

BELISA –

¡Perlimplín, lo quiero! Me parece que soy otra mujer.

PERLIMPLÍN –

¡Ese es mi triunfo!

BELISA –

¿Qué triunfo?

PERLIMPLÍN –
El de mi imaginación.

BELISA –
¡Es verdad, tú me enseñaste a quererlo!

PERLIMPLÍN –
Como ahora te enseñaré a llorarlo.

(la lechuza chista largo)

BELISA –
¡¿Qué dices?!

(un reloj de iglesia da diez campanadas)

PERLIMPLÍN –
Es la hora. Salta las tapias de mi jardín envuelto en su capa roja...

BELISA –
En su capa roja...

PERLIMPLÍN –
Roja como su sangre. (saca su puñal, largo y con el mango decorado con esmeraldas)

BELISA –
¿Qué vas a hacer?

PERLIMPLÍN –
(una mano empuña el cuchillo, la otra fuertemente en el hombro de Belisa)
Belisa... ¿le amas?

BELISA –
¡Sí!

PERLIMPLÍN –
Pues, en vista de ello, no quiero que te abandone. Lo mejor será clavarle este puñal en su corazón galante. ¿Te gusta la idea?...

BELISA –
¡Por Dios, Perlimplín!

PERLIMPLÍN –
Ya muerto, lo podrás acariciar siempre en tu cama, sin que tengas el temor de que deje de amarte. El te amará con el amor infinito de los difuntos... ¡Y yo me sacaré de encima esta oscura pesadilla de tu cuerpo grandioso!... ¡Tu cuerpo, que nunca podría descifrar! (mirando a un lado) ¡Míralo! Ya viene... (Belisa intenta detenerlo)... Suelta, Belisa... ¡Suelta!... (sale corriendo)

BELISA –
(desesperada, grita hacia un lado)
¡Marcolfa!... ¡Marcolfa!... Bájame la espada del comedor, que voy a atravesar la garganta de mi marido... (luego a voces hacia donde desapareció don Perlimplín)
¡Don Perlimplín,
marido ruin!
Como le mates
te mato a ti.

(un silencio expectante; todo inmóvil y frío unos segundos)

(luego aparece el hombre envuelto en la capa roja; viene herido y vacilante; el mango del cuchillo de don Perlimplín asoma por entre la capa, clavado en su pecho)
(la lechuza chista dolorosamente tres veces)

BELISA –
(junto a él, desesperada)
¡Amor!... Amor... ¿Quién abrió tus venas para que llenases de sangre mi jardín? ¡Déjame ver tu rostro por un instante siquiera...! ¡Ay! ¡¿Quién te dio muerte?! ¡¿Quién?!

(el hombre se descubre y es don Perlimplín)

PERLIMPLÍN –
Tu marido acaba de matarme con un puñal de esmeraldas.

BELISA –
(asustada)
¡Perlimplín!

PERLIMPLÍN –
Él salió corriendo por el campo y no le verás ya nunca. Me mató porque sabía que te amaba como nadie.

BELISA –
Pero... ¿qué es esto?... ¡No!... ¡Estás herido de verdad!

PERLIMPLÍN –
Perlimplín me mató. ¡Viejo verde y monigote sin fuerza, tú no podías gozar el cuerpo de Belisa!... El cuerpo de Belisa era para músculos más fuertes y besos de ascuas... Yo en cambio, sólo amaba tu cuerpo... ¡Tu cuerpo!... Pero me ha matado, con un ramo de piedras preciosas...

BELISA –
¿Pero qué has hecho, Perlimplín? ¿Qué has hecho?

PERLIMPLÍN –
¿No entiendes? Yo soy mi alma y tú eres tu cuerpo... Y ahora, puesto que tanto me has querido, déjame morir abrazado a él...

(se desploma, mientras Belisa lo sostiene en parte y forman un cuadro juntos; la cabeza de don Perlimplín en el regazo de ella, que queda en cucullas)

BELISA –
Ahogada en llanto)
¿Porqué me has engañado?... El joven...

PERLIMPLÍN –
¡El joven!... (cierra lentamente los ojos y muere)

BELISA –
(desgarrante, sin dejar de mirar a Perlimplín)
¡Marcolfa!... ¡Marcolfa!

(ingresa Marcolfa y queda un instante suspendida, llevándose las manos a la boca)

MARCOLFA –
¡Mi señor!

BELISA –
¡Don Perlimplín ha muerto!

MARCOLFA –
(acongojada)
¡Lo sabía!... Lo sabía...

BELISA –
(en llanto, acariciando la cara de don Perlimplín)
Perlimplín... ¿qué cosa has hecho?

MARCOLFA –
(muy emocionada)
¡Mi señor!... (un paso hacia ellos) Yo le haré una corona de flores como un sol de mediodía... Belisa, ya eres otra mujer. Estás vestida por la sangre gloriosísima de mi señor.

BELISA –
Pero... ¿quién era este hombre? ¿Quién era?

MARCOLFA –
El joven enamorado al que nunca verás el rostro.

BELISA –
(Desgarrante)
Marcolfa... ¡lo quiero con todo mi cuerpo y con toda mi alma!... Pero ¿dónde está mi amor? ¡¿Dónde está ahora?!... ¡¿Dónde está mi amor, Marcolfa?! (llora abrazada al cuerpo de don Perlimplín)

MARCOLFA –
Don Perlimplín, duerme tranquilo... ¿La estás oyendo?... Don Perlimplín... ¿la estás oyendo?

(Marcolfa estira sus manos hacia don Perlimplín y la escena queda congelada)

(la tristísima música de guitarra surge y colma el jardín, mientras llega lentamente el...)

APAGÓN FINAL

